

Religión pánico moral y violencia¹

Roberto Bosca

Las convicciones religiosas nunca son violentas sino sólo cuando las corrompe un sentido de poder, subordinando su trascendencia a una dimensión temporalista. El factor violento convierte a las religiones en una ideología de la fe². De hecho muchos ministros religiosos a lo largo de la historia han instrumentado a la religión de un modo político mediante el recurrente vicio del clericalismo³. Pero esta enfermedad del espíritu religioso que lo pone al servicio del mal en nombre de Dios y lo transforma de hecho en un asesino, puede revertirse cuando las religiones cumplen su misión más estricta y se convierten en escuelas de convivencia y de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos.

Es verdad que las religiones han sido una fuente de violencia en el pasado, y a menudo ellas han sido instrumentadas como un resorte del poder, pero también pueden ser un extraordinario factor para conjurarla y constituirse en verdaderas artífices de la paz, porque en todo mensaje estrictamente religioso no hay violencia sino auténtica paz⁴.

Esta es una tarea urgente para nosotros hoy, en las puertas de una situación que coloca a la humanidad ante una posible o virtual Tercera Guerra Mundial que no sabemos si se va a desencadenar. Sin embargo, sabemos que esta alternativa goza en cambio debido a las condiciones existentes de un apreciable grado de probabilidad.

Las distinciones entre Islam e islamofobia tienden a diluirse en una amalgama de signo fundamentalista y por eso merece aclararse que el fundamentalismo no es un dato intrínseco y mucho menos privativo del Islam -como se ha instalado erróneamente en la cultura occidental-, así como también hay que advertir del mismo modo que la violencia no es un dato intrínseco a lo religioso⁵.

Sin embargo, en los hechos el Islam representa una imagen fundamentalista, pero además la religión puede ser presentada como un factor violento o un instrumento de la violencia y ésta constituye una falacia que es necesario prevenir porque haría un enorme daño a la dimensión más alta de la existencia humana que es la religación con lo sagrado.

¹ Versión parcial de la ponencia *El amor en tiempos de cólera. La Santa Sede y los cristianos en peligro en Irak y Siria*, leída en el simposio *Mapa de los conflictos*, realizado el 26/7-XI-15 en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (Cari).

² En el radio local, en el mismo comienzo de la explosión fundamentalista, un número especial de la revista *Escritos de Filosofía* de la Academia Nacional de Ciencias, número 9, de enero-junio de 1982, dedicado a la violencia, contiene valiosos trabajos de José Enrique Miguens, Ricardo Maliandi, Sergio Cotta, Hugo Bauzá y Eugenio Pucciarelli, entre otros. Naturalmente todavía no estaba en uso el término “fundamentalismo” que no aparece mencionado en los trabajos ni tampoco ellos se refieren a él. Aunque éste reconoce su origen a comienzos del siglo pasado en que se comenzó a utilizar para designar al fundamentalismo anglosajón, su empleo recién se generalizó con la irrupción del fundamentalismo islámico, pero en ese momento, el fenómeno recién se estaba incoando.

³ Sobre la articulación de religión y política en un enfoque primero conceptual y sobre todo histórico, referido al ámbito cultural cristiano, cf. Lluís Duch, *Religión y política*, Barcelona, Fragmenta, 2014. Un estudio a nivel local, en Alfonso Santiago, *Religión y política. Sus relaciones con el actual magisterio de la Iglesia católica y a través de la historia constitucional argentina*, Bs. As., Ad-hoc, 2008.

⁴ Para un enfoque histórico, cf. Stanley Windass, *El cristianismo frente a la violencia, Estudio sociológico e histórico de la actitud del cristianismo frente la guerra*, Madrid, Fontanella, 1971.

⁵ Una corriente ideológica creciente en nuestros días sostiene que la violencia es intrínseca a las religiones monoteístas.

Asistimos hoy, sobre todo en las sociedades secularizadas del mundo occidental, a una nueva forma de miedo, el miedo a lo religioso, mejor dicho una suerte de evanescente, vago y oscuro temor a que la manipulación de lo religioso por parte de individuos y grupos de poder pueda dar lugar a nuevas formas de totalitarismo.

Como resultado de esta estrategia social de sospecha sobre lo religioso de cuño relativista que se sirve del fundamentalismo para cuestionar a la religión en sí misma, las religiones pueden empezar a ser injustamente amenazadas como el enemigo del pueblo⁶.

Viene a mi memoria la eximia personalidad de Shmuel Hadas, el argentino que fue primer embajador del Estado de Israel ante la Santa Sede, quien dedicó los últimos años de su vida a movilizar las conciencias sobre la idea de que las religiones pueden jugar un papel fundamental en el nuevo y complejo panorama internacional.

La violencia no es una trama intrínseca a la condición humana sino un ideal arduo que se construye con nuestras propias decisiones, con un corazón enfermo de odio o con un corazón que brinde *shalom, shalam, paz*. No son los determinismos históricos sino las personas con nombre y apellido las que definen uno u otro rumbo.

El comunicado de una reunión vaticana⁷ recuerda además que los cristianos están en la región desde hace 2000 años, y que ellos contribuyen al bien de las sociedades de la región en las que se encuentran insertados plenamente, y donde ejercen un rol fundamental como operadores de paz, de reconciliación y de desarrollo.

Algunos gobiernos occidentales que han mantenido en el pasado regímenes coloniales, ahora influidos por el secularismo, adoptan actitudes prescindentes ante la persecución de los cristianos en Medio Oriente como resultado de un sentimiento de culpa que constituye una suerte de complicidad por omisión. De otra parte, el primado de la Iglesia Copta Ortodoxa ha hecho referencia explícita también a una suerte de connivencia occidental con los grupos fanáticos extremistas, con el objetivo de configurar un nuevo equilibrio de poder en la región.

El nuevo terror

El representa en nuestro tiempo la emergencia de un grupo terrorista abruptamente insurgente, caracterizado en el lenguaje mediático como de naturaleza yihadista suní, auto-proclamado califato, y hoy ya asentado en un amplio territorio de Irak y Siria⁸. Es la nueva y más cruenta expresión del fundamentalismo islámico en la actualidad⁹. El miedo y la política siempre han ido del brazo y tampoco es un dato ajeno a la religión¹⁰. Se trata de un terror sagrado, donde lo religioso sufre la corrupción del factor político.

⁶ Distintas corrientes culturales actuales como el libertarismo de Michel Onfray (*Traité d'athéologie*, Paris, Grasset, 2005), o la nueva ateística de Richard Dawkins (*The God Delusion*, New York, Houghton Mifflin Company, 2006) y Christopher Hitchens (*God is not Great. How Religion Poisons Everything*, New York, Twelve, 2007), intentan acreditar que la violencia es inherente a la creencia monoteísta.

⁷ El papa Francisco convocó a los nuncios en diversos países del área mesooriental y otros altos funcionarios vaticanos octubre del año 2014.

⁸ Sobre la situación de los cristianos en Siria e Irak, cf. Claude Lorieux, *Cristianos en tierras del Islam. Su vida, sus dificultades, sus esperanzas*, Madrid, Palabra, 2001, 45-73 y 121-157. El Papa Francisco ha expresado reiteradas veces su consternación y dolor ante la dolorosa tragedia de Siria e Irak. Cf. <http://www.aica.org/16174-francisco-tiene-presente-la-inmensa-tragedia-de-siria-irak.html>.

⁹ Cf. Youssef Choueri, *El fundamentalismo islámico. Orígenes históricos y bases sociales*, Bologna, Il Mulino/Contemporánea, 1993.

¹⁰ Cf. Corey Robin, *El miedo*, México, FCE, 2009. La Sociedad Española de Ciencias de las Religiones organizó en 2000 un simposio internacional sobre miedo y religión, algunas de cuyas ponencias fueron publicadas. Cf. F. Diez de Velasco (ed.), *Miedo y Religión*, Madrid, Ediciones del Orto, 2002.

El surgió como una organización terrorista próxima a Al Qaeda para hacer frente a la invasión de Irak en 2003, y en la Guerra Civil Siria Guerra, cambió su nombre por el *de Estado Islámico de Irak y el Levante*. Su actual líder, Bakr al-Baghdadi se separó de *Al Qaeda* y ha declarado la independencia de su grupo y su soberanía sobre Irak y Siria, autoproclamándose “Califa Ibrahim del Estado Islámico”.

Los métodos de EI se caracterizan por una vuelta de tuerca en la perversidad del mal infligido al enemigo, que adquiere una teatralización bien concreta en la regla de todo terrorismo que es aterrorizar mediante la publicidad de un gesto de poder, en el entendimiento de que mientras más cruel sea, más efectivo será el resultado.

Sin embargo, uno de los expertos más importantes en el islamismo radical, el norteamericano Daniel Pipes, presidente del *Middle East Forum*, ha sostenido en un reciente artículo publicado con motivo del atentado a la revista *Charlie Hebdo* (que provocó una nueva ola de pacífica protesta pero también de miedo en la ciudadanía europea) que el terrorismo no provoca intimidación, sino más bien hostilidad e indignación¹¹.

Según este reconocido especialista, en lugar de acobardar a una población, el terror como método político en realidad lo que hace es sensibilizar y despertar el odio hacia la causa islamista radical entre musulmanes y no musulmanes por igual¹². Contrariamente a impulsar los intereses islámicos -concluye Pipes- los actos notorios de violencia la perjudican¹³.

Me parece que sin dejar de tener en cuenta esta perspectiva, el impacto de una violencia sin límites no puede sino ser aterrorizador. Según Paul Virilio en su último libro¹⁴, estamos ante un acontecimiento cósmico, un miedo, pero con una nota propia que lo constituye en una nueva forma de miedo global.

La raíz de este miedo es lo que se supo llamar el **equilibrio del terror**, caracterizado por el oculto temor al autoexterminio nuclear o sea el fin del mundo engendrado durante la Guerra Fría, que recordarán quienes ya tienen algunos años como una época signada por elementos hoy considerados folklóricos como el teléfono rojo, el submarino nuclear presto a disparar en tren de destruir la potencia rival en caso de ataque sorpresivo al territorio nacional, y otros¹⁵.

Podemos decir que el primer gran miedo moderno de destrucción masiva tiene alrededor unos cuarenta años de antigüedad y se remonta al proyecto de instalación de misiles en Cuba, en los años '60. Pero, en 2001 entramos en otra fase, que es el **desequilibrio del terror**, un componente que ahora discierne Paul Virilio¹⁶.

¹¹ Así lo certifican encuestas y sondeos de opinión. Cfr. Ana Carbajosa, *Un antes y un después de París*, en *El País*, suplemento 8, Europa, 5-II-15,2-3.

¹² Así lo certificaría la ejecución (fue quemado vivo) del piloto jordano Muaz Kasasbeh, publicitada en una producción de factura cinematográfica.

¹³ Cf. Daniel Pipes, “How Terrorism Harms Radical Islam”, en *The Washington Times*.

¹⁴ Cf. Paul Virilio, *La administración del miedo*, Madrid, Perdidos-Barataria, 2012.

¹⁵ En plena guerra fría, un referente principal del catolicismo argentino reflexiona en un editorial de la revista *Criterio*: “Si hubiéramos de buscar algún signo bajo el cual colocar el mundo contemporáneo hallaríamos sin duda, que ninguno es más adecuado que el del miedo”. El autor concluye su artículo con un profético lamento: “¡Quién sabe qué perspectivas nos aguardan y qué realidades tremendas habrán de azotarnos!”. Cf. Gustavo J. Franceschi, “El miedo”, en *Criterio*, 1257, 12-IV-56, 243-245.

¹⁶ En realidad, el miedo es una presencia constante en toda la historia de la humanidad, desde el terror producido por un mundo hostil del hombre primitivo a la psicosis global creada por la pandemia del virus del Ebola o del VIH (sida), pasando por las invasiones bárbaras, los terrores del año mil por el fin del mundo o la peste negra, aunque recién a partir de la historia de las mentalidades se ha comenzado a historiarlo de un modo sistemático. Junto a otras de Jacques Le Goff o Carlo Ginzburg, la obra clásica en esta materia es *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1989, de Jean Delumeau. El historiador sostiene que el miedo representa un reflejo instintivo ante el peligro, que dispone al organismo para evitarlo, y nos permite sobrevivir. Pero debido a su naturaleza, puede también obturar la racionalidad

De pronto, con los atentados del 11 de septiembre, que inauguran el nuevo terror difuso de la posmodernidad, el desequilibrio se convierte en un terrorismo ciego, que puede golpear en cualquier momento y en cualquier lugar (insisto, en cualquier lugar, y de esto ya hemos tenido dolorosa experiencia en Buenos Aires) con una potencia colosal. La regla de la tranquilidad en la convivencia se ha quebrado, pero ahora el teatro de operaciones bélico ya no son las potencias, en tanto el escenario es ahora la sociedad global. El terrorismo también se ha globalizado, y con él el miedo.

“Pagarán el precio sintiendo el miedo de viajar a cualquier sitio, cuando caminen por las calles, girando a la derecha e izquierda, temiendo a los musulmanes. No se sentirán seguros ni en sus dormitorios y los atacaremos en sus propias tierras”, afirmaría un portavoz de EI. Mensajes similares de un contenido también gravemente amenazador han sido difundidos para cumplir una estrategia bien determinada: la parálisis del terror¹⁷.

Aún nos encontramos en ese desequilibrio globalizado del terror, el miedo fragmentario posmoderno¹⁸. Un terror difuso pero que tiene expresiones concretas. Un puñado de individuos desarmados según el canon tradicional puede causar tanto daño como un ejército¹⁹.

Un grupo de hombres (incluso mujeres) puede así provocar desastres considerables con un mínimo de medios (drones, bioterrorismo). Según el escritor francés, nos enfrentamos entonces ahora a un fenómeno de pánico globalizado, por la difusión del miedo, que es un miedo provocado en nombre del bien, en nombre de Dios²⁰. Por eso esta invocación convierte a Dios en un asesino.

El Islam y el Cristianismo

Una de las últimas novedades producidas en la situación de los cristianos en Medio Oriente (no sólo los católicos, por supuesto²¹) consiste en que los comentaristas internacionales han comenzado a tomar nota de que los israelíes han pasado a un segundo lugar en la hostilidad musulmana y que el primer lugar, el enemigo número uno son ahora los cristianos.

Una prueba elocuente de este dato se encuentra en las palabras del propio califa Abu Bakr al Baghdadi: “la marcha triunfante de los *mujaheddin* llegará hasta Roma”, y se ratifica gráficamente en un número reciente, el correspondiente a octubre del 2014, de la revista *Dabiq*, que es el órgano oficioso de Isis, cuando en la tapa exhibe una bandera del Estado Islámico flameando en Piazza San Pietro. El símbolo habla por sí solo.

En bastantes países de mayoría musulmana, la profesión de fe cristiana sufre notorios problemas de discriminación, comenzando por el empleo, de modo que los fieles cristianos de

humana e inducir decisiones erróneas y alcanzar un grado obsesivo. Más aún, si se convirtiera incluso en un elemento crucial en la cultura de un determinado período histórico, la consecuencia de este impacto podría constituir un factor evidentemente negativo en la convivencia humana.

¹⁷ Cf. Dominique Moisi, *La geopolítica de las emociones. Cómo las culturas del miedo, la humillación y la esperanza están reconfigurando el mundo*, Bogotá, Norma, 2009. En otro sentido, Kenneth Thompson, *Pánicos Morales*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

¹⁸ Cf. Zygmunt Bauman, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Barcelona, Tusquets, 2007.

¹⁹ Verbigracia mediante un ataque biológico, del cual el *antrax* fue un ejemplo que suscitó una inédita ola de terror. Se ha abierto así un nuevo capítulo de la seguridad llamado bioterrorismo, que tiene su antecedente ya en la edad media con la peste negra, la cual casi extermina a la población europea.

²⁰ La prensa periódica refleja este dato. Cf. Eduardo Febbro, “Siempre se infunde miedo en nombre del bien”, en *Página 12*, 20-XI-10, 20-21. Ver también: Silvia Zimmermann del Castillo, “Las sociedades del miedo”, en *La Nación*, 20-XI-06.

²¹ Una de las minorías cristinas más perseguidas han sido los coptos, por ejemplo en Egipto.

hecho son considerados como ciudadanos de segunda clase. Pero este dato no es sino la primera instancia de una realidad cuya naturaleza se revela mucho más grave y se constituye en un verdadera tragedia²².

La delicada situación religiosa en Medio Oriente ha llevado a un éxodo forzoso de fieles cristianos que adquiere las características de un exilio. La nueva cristianofobia se dirige contra todos los fieles.

El Islam cuenta actualmente con 1300 millones de fieles, superando por primera vez en número al cristianismo católico²³. Los musulmanes se hacen cada vez más religiosos y los cristianos cada vez más seculares.

De otra parte, el escenario de la visión fundamentalista distingue de un modo geográfico un Oriente musulmán y un Occidente cristiano. Su consecuencia, ciertamente arbitraria o caprichosa, aunque explicable desde una lógica de territorio de conquista, es que los cristianos no tendrían nada que hacer en el área oriental, a pesar de que allí nació el cristianismo. Pero parece que los musulmanes sí tienen mucho que hacer en el occidente poscristiano, porque mientras las iglesias europeas se vacían, las mezquitas se llenan.

En realidad y contrariamente al imaginario instalado, el cristianismo no es un hecho europeo, éste es un error al que ha inducido el dato histórico de que la cultura europea fue cristianizada y así los cristianos se expandieron sobre la matriz del Imperio Romano. Este es un hecho objetivo y por eso la Iglesia católica es llamada también romana, aunque sin constituir ésta una de sus notas esenciales²⁴, cuando la secesión apostólica del primado se establece como sede en la ciudad de Roma.

Después Teodosio declaró al cristianismo como la religión oficial del Imperio (no así desde Constantino como habitualmente se afirma) en el año 380, y este proceso culmina en el siglo V, cuando con la conversión de los últimos paganos (los que vivían en el campo, en los pagos) se completa la cristianización del territorio imperial. A su caída, el cristianismo se convierte en la religión de los llamados bárbaros, constituyendo el Sacro Imperio Romano-Germánico.

A partir de su sede romana, el Cristianismo, en particular la Iglesia católica de rito latino, comenzó a identificarse con la cultura occidental de matriz filosófica griega y jurídica romana²⁵. Es un dato histórico también que la fe cristiana, no sólo la católica, a partir de ese momento se expandió en todo el mundo al compás de la pulsión colonialista, y éste es un hecho cuyas consecuencias no se puede decir que sean algo que pertenece completamente al pasado.

Con el advenimiento del comunismo, en expansión en los países europeos orientales y en el continente asiático, sobre todo a partir del acuerdo de Yalta, pero principalmente en el periodo de la guerra fría, un canon ideológico-cultural identificó los valores propios de la cultura occidental con el cristianismo, e incluso a Europa Occidental con el cristianismo, al punto de

²² En los últimos tiempos se ha vuelto mas o menos habitual el incendio de iglesias y del fusilamiento o ejecución de fieles cristianos, hoy los nuevos mártires de la fe.

²³ Cf. Antoni Segura i Mas, *Aproximación al mundo islámico. Desde los orígenes hasta nuestros días*, Barcelona, UOC, 2003. Sobre el Islam, cfr. Paul Balta, *Islam. Civilización y sociedades*, Madrid, Siglo XXII de España Editores, 1994 y Maxime Rodison, *La fascinación del islam*, Madrid, Júcar, 1989. Una síntesis en José Morales, *El valor distinto de las religiones*, Madrid, Rialp, 2003, 35-55.

²⁴ Ellas son: una, santa, católica y apostólica.

²⁵ En línea con el pensamiento occidentalista-cristiano de Arnold Toynbee, una de las obras emblemáticas es la de Hilaire Belloc, *Europa y la fe*, Madrid, Ciudadela Libros, 2008, que este autor anglofrancés publicó en 1922. En este ensayo, el historiador identifica a la cristiandad europea como un paradigma en sentido hegemónico y exclusivista y señala proféticamente al Islam como el gran enemigo futuro de esa cristiandad o civilización occidental y cristiana.

acuñarse el sintagma “Civilización occidental y cristiana” como representativo del bloque de países de tradición judeocristiana (no sólo católica)²⁶.

Contrariamente a la visión fundamentalista islámica, el cristianismo no es en realidad una corriente occidentalista ni la Iglesia católica lo es²⁷. El dato de que históricamente la llamada civilización occidental se ha fundamentado en los principios cristianos no los identifica intrínsecamente²⁸. Aunque la cultura europea fue de hecho cristiana, hay que admitir que lo es cada vez menos e incluso que en más de un sentido ya no lo es, al punto que es cada vez más frecuente entre los autores el uso del adjetivo poscristiano.

Sin embargo, aun siendo durante siglos cristiana, la Iglesia católica nunca se identificó con una geografía determinada ni con una cultura, sino que se autodenominó católica, que quiere decir universal. La fe se encarna en las culturas, pero no existe en sentido ontológico una identidad estricta de la fe con una cultura determinada.

Se olvida, me parece en esta distinción geográfica -al estilo de esa partición política que estableció la regla “Argentina en el Atlántico, Chile en el pacífico”-, que la religión católica no es una religión étnica o nacional sino universal.

Esta asignación geográfica al pueblo cristiano deja de lado el dato histórico o el hecho de que el cristianismo es una religión, como otras, de fuente asiática, sólo que su expansión no se radicó principalmente en ese continente, en el cual hoy es una pequeña minoría. El cristianismo nació en Oriente y los cristianos de Oriente son nativos de esos países en los que el cristianismo precedió al Islam más de siete siglos.

²⁶ La obra del historiador inglés Arnold Toynbee es emblemática en este sentido. En cierto sentido se puede decir que Toynbee realizó en la segunda posguerra una tarea similar a la realizada por Oswald Spengler en la primera.

²⁷ Se puede sostener sin embargo que la Iglesia católica sustenta los valores occidentales en el sentido de que la civilización occidental ha incorporado valores cristianos como la libertad y la justicia, pero ella nunca podría entenderse legítimamente en clave ideológica o política.

²⁸ El papa Benedicto XVI suprimió el título pontificio de “Patriarca de Occidente”, que detentaban los obispos de Roma en la Iglesia católica desde hace siglos. Francisco parece profundizar ese mismo camino.